

FM/1481



EXPOSICIÓN
«LOS SANTOS PATRONOS
DE
MADRID»

AYUNTAMIENTO DE MADRID

MUSEO MUNICIPAL

Mayo-Julio, 1962

Ayuntamiento de Madrid

1 El culto y devoción a San Isidro a su santa esposa María de la Cabeza, iniciado poco después de su muerte, no dejó de aumentar siglo a siglo, hasta que en el XVI, alcanzado el favor de los Reyes y la atención de los doctos, entra en un período de pleno desarrollo. Durante dos siglos, el Rey, el Municipio, el pueblo, ponen a contribución su influencia y su entusiasmo para conseguir no sólo su canonización, sino también un templo noble y rico en que se veneren sus restos.

Llegado el siglo XIX, la veneración, el culto —tanto público como privado— y la devoción de todas las clases sociales, persisten unidos ya a los festejos populares con que se celebra su fiesta.

Hoy es el nombre de San Isidro, para el pueblo de Madrid, cifra y motivo de sus fiestas patronales; fiestas perdidas a veces en el tráfigo de la gran urbe, pero llenas de resonancias para los castizos. Los viejos y los jóvenes van saboreando, con añoranza o con curiosidad en ese mes de mayo dedicado al Santo, los ya escasos restos del tipismo madrileño.

No es extraño, pues, que nuestra Exposición se abra con decorado verbenero y música de orgánillo. No es esto tan frívolo como a primera vista parece; queremos evocar la alegría sana, ingenua e incluso pueril que todavía perdura, resistiéndose a la sentencia implacable del siglo.

2 La vida de Isidro y María de la Cabeza discurre por una amplia geografía; si Isidro es indubitavelmente madrileño, varias son las poblaciones carpetanas que se disputan ser cuna de María de la Cabeza, amén de otras donde se dice haber residido.

Dentro del mismo Madrid, la peregrinación isidrina ha de ocupar varias etapas, pues aunque la parroquia de San Andrés centre con mucho la atención del investigador y del devoto, no podemos olvidar otros muchos lugares con él relacionados; entre ellos, el vecino pueblo de Carabanchel Bajo, hoy barrio de la capital.

La vida de Santa María de la Cabeza se desarrolla en Caracuíz, un caserío próximo a Uceda y Talamanca, Valdepiélagos y Valdetorres, y muy especialmente relacionado con Torrelaguna, en cuyo término está la ermita de Nuestra Señora de la Cabeza, separada de Caracuíz por el Jarama, delicioso escenario natural para esta vida campesina.

La Exposición nos ofrece una casi completa muestra fotográfica de todos estos evocadores lugares.

3 La vida de nuestros Santos está jalonada por varios hechos fundamentales, todos ellos representados en la Iconografía. Su milagro más famoso es la aparición de un ángel labrador que realiza con una perfección extraordinaria la labor del Santo labriego, supliendo de esta forma el tiempo dedicado por Isidro a la oración, y dejando estupefacto al amo que, incitado por la envidia de otros quinteros, espía, se admira y acaba arrepentido y confuso, inclinándose ante la excelsa virtud de un hombre capaz de provocar tales prodigios.

No menos conocido es el milagro de la fuente, con el que hizo brotar un rico venero con sólo el golpe de su ajada en la seca tierra.

Tan portentoso como éstos es el de su esposa, cuando empujado Isidro por la maledicencia y la calumnia acude a orillas del Jarama para descubrir el motivo de las frecuentes peregrinaciones de María de la Cabeza, y observa, con asombro y alegría, cómo la Santa extiende su manto sobre las crecidas aguas del Jarama para cruzarlo y dirigirse seguidamente a la vecina ermita de Nuestra Señora de la Cabeza.

Y finalmente, realizado por ambos esposos y por intercesión de la Virgen, cuando, caído su hijo a un pozo, consiguen que salga ileso gracias a su fe.

De importancia paralela a la de estos milagros es su devoción a la Virgen, de la que dió pruebas a Nuestra Señora de Atocha y a la de la Almudena. Desde hace siglos existe la piadosa controversia sobre cuál fué la imagen preferida del Santo. Difícil es terciar en ella: la historia de una y otra imagen llevan igualmente engarzado el nombre de Isidro.

La Exposición, a más de mostrar varias representaciones de estos y otros pasajes de su vida, se ha querido ambientar ofreciendo una evocadora y aproximada muestra de lo que pudo ser parte del modesto ajuar y de los aperos del santo matrimonio.

4 Esta parte de la Exposición está dedicada a los diversos recintos en donde se veneraron los restos de ambos Santos. San Isidro, enterrado primero en el cementerio que rodeaba la antigua parroquia de San Andrés, estuvo luego, al crecer la devoción, al interior de la

misma; y después de visitar dos veces —con motivo de las obras de reforma emprendidas en el templo— la capilla de San Juan de Letrán o del Obispo, quedó en una suntuosa capilla propia, que tampoco habría de ser definitiva custodia de sus restos. Mientras tanto, Santa María de la Cabeza, enterrada en la ermita de Nuestra Señora, que tanto visitó en vida, pasaría después al convento de San Francisco, de Torrelaguna. Y de allí, de forma solapada y pintoresca, a Madrid. La entrega de los restos se hizo, de noche, en el vecino pueblo de San Agustín de Guadalix, y los franciscanos estuvieron a punto de morir a manos del pueblo amotinado.

El Ayuntamiento madrileño, que tal maña se había dado para conseguir los restos de la Santa, los guardó en la Casa Consistorial, todavía en construcción, depositándolos en su capilla tan pronto como ésta quedó concluida.

Cuando después de la expulsión de los jesuitas encontró Carlos III sin destino la suntuosa iglesia del Colegio Imperial, pensó inmediatamente en dedicarla a guardar los restos —al fin reunidos— de ambos Santos, consiguiendo que fuera erigida en colegiata. Y allí, en su altar mayor, han permanecido —salvo en el paréntesis de 1936 a 1939—, mientras la antigua Colegiata era convertida en Catedral.

El altar mayor de la Catedral en que aparece San Isidro rodeado de otros diez santos labradores es evocado en una vidriera de original concepción artística.

La pieza cumbre de esta sección es la magnífica arca de madera, recubierta de cuero decorada con interesantísimas pinturas, toda ella de factura mudéjar, que puede fecharse en el siglo XIV, donde estuvieron los restos del Santo hasta que el gremio de plateros construyó otra que en su tiempo fue considerada más rica y valiosa. El arca es hoy una pieza fundamental de la arqueología madrileña.

5 La Exposición ofrece una iconografía que a pesar de lo abundante no ha podido ser exhaustiva, y una muestra, exigua, pero selecta de la bibliografía del Santo y de la documentación referente al mismo, conservada en gran parte en el Archivo de Villa.

Destaca, en primerísimo lugar, el venerable Códice, verdadera joya de la historiografía madrileña, en donde un casi desconocido y no del todo identificado Juan Diácono relata, con maravillosa preci-

sión y verdad, la historia de San Isidro, siguiendo, a continuación, unos interesantísimos himnos con completa notación musical.

Sobresale también la Bula de Canonización del Santo, aún más curiosa por no ser la primitiva, ya que, desaparecida ésta, obtuvo el Ayuntamiento nueva Bula confirmatoria de la anterior.

6 Trascendental papel han tenido en la historia isidrina las dos asociaciones piadosas consagradas a su culto. Las dos, a pesar de sus numerosas advocaciones, han ofrecido a San Isidro y a Santa María de la Cabeza un culto excepcional.

La Archicofradía Sacramental de San Isidro, de origen inmemorial, fusión de otras más antiguas, tiene una brillante historia y abundantes recuerdos que no ha podido destruir el paso del tiempo. La Congregación de Seglares Naturales de Madrid, floreciente en el siglo XVIII gracias al apoyo de los reyes y de la nobleza, perpetúa también sus viejas glorias. Ambas Congregaciones han abierto sus archivos y sus relicarios para ofrecernos lo mejor de su historia.

7 No ha olvidado la Exposición esa clásica estampa del Madrid goyesco que forman la Ermita y la Pradera, en donde se concentra el fervor popular en todos sus aspectos. El devoto que acude a la misa mañanera deseoso de imitar las virtudes del Santo; el atribulado que va a su fuente en busca de salud; el que, gozoso, encuentra ocasión de exteriorizar su alegría; el desocupado que encuentra allí remedio para su ocio, y el que en medio de sus trabajos arranca unas horas al quehacer para confortar su espíritu.

La Exposición ha querido, pues, recoger estos y otros muchos aspectos del tema isidrino. Demasiado ambiciosa, ha quedado muy lejos de lograr su intento, pero podemos considerarnos satisfechos si hemos conseguido para el público sencillo un mayor conocimiento de sus Patronos y si hemos logrado abrir, para los estudiosos, un horizonte nuevo para sus trabajos. En cualquier caso, no puede dar sino satisfacción el saber que hemos servido a Madrid renovando en todos el amor a sus Santos Patronos.

